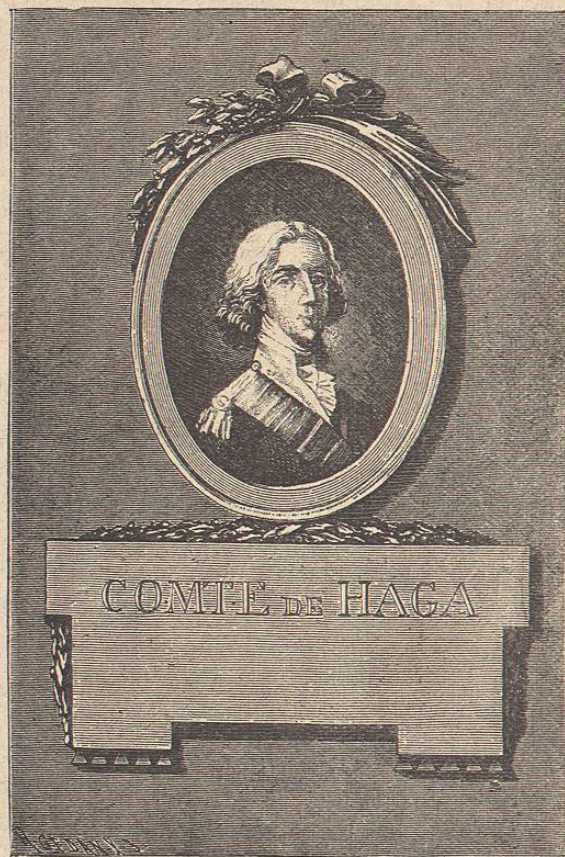


cesar sus amigos como sus enemigos, sin ninguna nueva queja y hasta sin otro motivo que una fanfarronada, dió orden para que de súbito una brigada de gendarmería fuera á apoderarse del representante de Inglaterra en Hamburg. ¿Y qué razón alegaba para justificar esta nueva violación del territorio? la circular de lord Hawkesbury que databa ya de seis meses atrás, y de la que nadie se acordaba.

Oigámosle á él mismo explicarse sobre este asunto:

«Inmediatamente después del asunto de Drake, lord Hawkesbury fué bastante *imbécil* para dirigir una circular para justificar cerca de los gabinetes de Europa la conducta de tal ministro. Para hacer más y más resaltar el ridículo y la atrocidad de los principios que adelantaba, fué mi intención enviar á los mismos gabinetes dicha circular con una res-



GUSTAVO IV rey de Suecia

puesta. Después lo pensé mejor. Deseo apoderarme del ministro inglés en Hamburg lo mismo que de sus papeles, é inmediatamente después haré notificar ese secuestro á las cortes de Europa justificándolo con la misma nota de lord Hawkesbury.» Orden á Fouché de 7 de Octubre de 1804.

Hé aquí por qué motivos se creía ese hombre funesto autorizado á jugarse á la vez la paz de Europa, el honor y el porvenir de su país. Por el gusto de esta mezquina burla al gobierno inglés, no vacilaba en arriesgar una guerra con el continente entero, pues tal era la inevitable consecuencia del secuestro de Rumbold después de tantos otros atentados contra el derecho de gentes. Napoleon venía con esto á chocar sin saberlo con el *casus*

*belli* previsto en el tratado secreto de Prusia con Rusia.

Una nota esta vez muy viva y muy perentoria del gabinete prusiano vino á hacerle reflexionar y retroceder; apresuróse á soltar á Rumbold, pero su orgullo quedó lastimado en lo más vivo, pues poco tiempo antes se había jactado de secuestrar el mismo residente inglés en Berlín, si así le convenía: «El rey de Prusia,—decía,—me ha hecho pasar un mal cuarto de hora, ya me las pagará y con usura.» Interin le escribía una carta apologética llena de protestas de amistad, de imprecaciones contra Inglaterra que violaba el derecho de gentes y hasta el derecho natural, y de quejas con motivo de la ingratitude de Inglaterra; esta retractación poco digna y poco leal

puso fin á este desdichado incidente, pero no á la desconfianza que era el resultado natural de una mala fe tan flagrante.

Escritores juiciosos han concluído comparando esta política de provocación, hecha para levantar á toda Europa contra Francia, con la ostentación con que hacía en estos momentos sus preparativos contra Inglaterra, que todas las probabilidades están en favor de la idea de que este proyecto de desembarco no era más que un pretexto para ocultar sus

planes de conquista en el continente. Si ese proyecto era serio, en efecto ¿cómo explicar esta política tan desatentada? ¿Cómo admitir que aquel que iba á arrojar con todas sus fuerzas disponibles contra Inglaterra, para verse luégo una vez en ella cercado por las armadas inglesas, pusiera á la vez con sus desafíos á las potencias continentales en un estado tal de irritación que, su primer movimiento, debía ser infaliblemente el aprovecharse de su ausencia para precipitarse sobre la Francia desar-



FEDERICO GUILLERMO III, rey de Prusia



mada? Si el desembarco era algo más que un espantajo, su política era la de un insensato; si su política era calculada, su desembarco no era más que una falsa demostración.

Imposible escapar á este dilema; así se concibe que historiadores, penetrados ante todo de la sublimidad del genio de Napoleon, haya preferido resolver la dificultad negando la realidad del proyecto de expedición, mejor que no suponer que este inmenso genio careciera de sentido, y no supiera ver cosas que hubiesen impresionado la inteligencia de un chiquillo.

Pero no es posible conservar en este punto la menor duda en presencia de las millares de órdenes, de proyectos y de contraproyectos que nos ha revelado la correspondencia de Napoleon, en presencia del interés, de la pasión, de la obstinación, y de los recursos increíbles que desplegó en su empresa favorita, de la profunda ansiedad, del frenesí

con que siguió sus diversas frases y su definitivo fiasco; y la historia está obligada á admitir el contraste extraordinario que nos presentan en el mismo hombre facultades maravillosas en la acción, aliadas á un juicio erróneo y radicalmente falso en la apreciación de los hechos generales. Esta opinión corre peligro de parecer muy paradójal y aún hasta blasfematoria. La facultad dominante entre los hombres de nuestro tiempo, generación nerviosa y enfermiza hasta el exceso, ha sido la imaginación, de aquí la fascinación singular ejercida sobre ella por un hombre cuya rara potencia de cálculo no estaba en el fondo gobernada más que por una fantasía desenfrenada.

Napoleon es el romántico de la política. Hasta en las obras de arte, este predominio de las facultades imaginativas no produce mas que creaciones de un carácter efímero, como no esté templada por el concurso y vigilancia de facultades más altas á las cua-

les pertenece el imperio del espíritu; pero en el orden de cosas prácticas, no puede producir más que aberraciones tanto más funestas cuanto más sostenidas estén por dones prodigiosos. En el gobierno de los grandes negocios no hay genio sin buen sentido y sin precisión de espíritu.

De aplazamiento en aplazamiento, y de modificación en modificación, la gran empresa de Bolonia salía poco á poco de la región de las quimeras y desenvolvía sus colosales proporciones. Como todos los planes mal madurados ó sin proporción con las formas reales de que se puede disponer, había sido necesario someterla á retardos y á correcciones que parecían tocar ya á su término, y que, sin embargo, no habían más que principiar.

Aplazado del invierno para la primavera, luego de la primavera para el verano como término extremo, ahora se les preparaba para el otoño de 1804. Napoleon en presencia de las objeciones persistentes de sus marinos había acabado por admitir la impotencia de la flotilla aislada; quería, pues, hacerla apoyar por una armada bastante fuerte para que pudiera apoderarse del canal durante algunos días. Conforme sus proyectos una de las armadas francesas debía aprovechar un mal tiempo que alejaría á los cruceros ingleses para salir y operar en unión con otra escuadra que desbloquearía; pudiéndose entonces presentar delante de Bolonia con fuerzas superiores. Para realizar este plan había puesto los ojos en Latouche-Treville que consideraba como el más atrevido de nuestros marinos. Latouche-Treville debía salir de Tolón con diez navíos engañando á Nelson que creía esta armada destinada á conquistar á Egipto; de allí se dirigiría á Rochefort en donde se le juntaría seis navíos y varias fragatas; dirigiéndose desde luego á la Mancha ya fuera directamente ya doblando la Irlanda. «¡Que seamos señores del estrecho durante seis horas, y seremos los señores del mundo!» escribía Napoleon después de haber expuesto ese plan embrionario que iba á ser modificado veinte veces antes de revestir su forma definitiva, esto es, en 2 de Julio de 1804.

Suponía Napoleon que Latouche-Treville, partiendo de Tolón el 30 de Julio, podría presentarse delante de Bolonia en el mes de Setiembre; pero el almirante en quien se fundaban tan grandes esperanzas murió á poco de una enfermedad cuyo germen había traído de Santo Domingo. Latouche-Treville es con Bruix, quien también supo morir á tiempo antes de haber sido experimentado en una circunstancia difícil, el único marino que no estuvo

expuesto á la cólera y á las imprecaciones de Napoleon; todos los otros, cualquiera que fuera su mérito, Decres, Gauteaume, Villeneuve, Dumanoir, Villaret, Linois, Bourdon, Lallemand, Magon, Rossily, tuvieron que sufrir sus ultrajes y su denigramiento.

Con arreglo al tema que él mismo ha suministrado á sus historiadores, está de moda sostener que la muerte de esos dos hombres fué la principal, sino la única causa del fracaso de la expedición. No hay duda de que esos dos marinos eran hombres eminentes, pero no hicieron nada por lo que se pueda llegar á ponerlos por encima de Villeneuve y de Linois, el vencedor de Algeciras. Si de otra parte el éxito de la expedición dependía de la vida de dos hombres, ó mejor, de un hombre, pues el estado de postración de Bruix era tal que jamás se pudo pensar en confiarle tal mando, es preciso reconocer que era muy defectuoso. Por lo demás no fué sino hasta muy tarde cuando se principió á atribuirle tan importante papel.

Napoleon fué muy vivamente contrariado por la muerte de Latouche-Treville. Pero lejos de renunciar á sus proyectos les dió una extensión que los hacía mucho más difícil.

Habiendo Inglaterra roto bruscamente con España á principios de 1804, para castigarla de su alianza con Francia, disfrazada en forma de subsidios, Napoleon se encontró dueño de todos los puertos y de todos los recursos marítimos de España, lo que le permitía dar mayor alcance á sus desmesuradas concepciones por las que de sobras tenía demasiada inclinación.

Recibió, pues, su política una nueva organización á la que le plugo decorar con el nombre «de establecimiento fijo é inmutable,»—7 de Setiembre de 1804,—como para responder á las dudas que habían debido hacer nacer sus incesantes metamorfosis ó para hacer creer que de entonces en adelante estaba en estado de bastarse á sí misma. A la vez fueron llevadas con la mayor actividad en todos los puertos las construcciones y los armamentos de buques. Pero los rápidos resultados que Napoleon obtuvo acosando á los obreros de los arsenales y trayendo á mal llevar los marinos no hicieron mas que engañarle con mayor seguridad. Obtúvose por este medio buen número de navíos, pero la cantidad se obtuvo en perjuicio de la calidad; mal contruidos y peor equipados, forrados con mal hierro y contruidos con peor madera, marchaban mal, y al primer vendabal quedaban fuera de servicio. Sus tripulaciones formadas aprisa y corriendo, compuestas

de marineros que no habían visto el mar mas que en los puertos ó en las radas, de soldados de marina inexperimentados, de artilleros incapaces de apuntar sus piezas, reclutados en parte por medio del alistamiento forzoso, detestable institución, doblemente odiosa en un país en que no estaba consagrada por la tradición, pero que no podía dejar de adoptarse de buen grado por el hombre que había restablecido la esclavitud. Se ve por la correspondencia de Napoleon que el empleo de ese procedimiento brutal repugnaba al ministro de Marina. La resurrección de este odioso abuso se debió á la inspiración personal del emperador, y sobre esto estimulaba sin cesar el celo de Decres, y hasta le parecía que nunca se lo decía bastante: «Ordenad un alistamiento general,—le escribía el 2 de Julio,—puesto que todavía hay posibilidad de apoderarnos de marinos,» y el 26 de Agosto siguiente escribía: «Todavía quedan marineros... Davout me escribe que puede echar mano á ochocientos hombres.» Estas ganas de tener marineros á toda costa debía ser funesta para la república de Génova. Napoleon le impuso por este tiempo un tratado por el cual se comprometía á darle no cuatro sino seis mil marineros, concesión enorme que no hizo mas que excitar su avidez, y retardar sólo de algunos meses la incorporación definitiva del territorio genovés al imperio francés.

A pesar de todos esos esfuerzos de una voluntad en lucha contra la fuerza de las cosas, no tenía Francia en el fondo más que las apariencias de una marina. Las flotas francesas, tan brillantes en el papel, tenían como el caballo de Rolando un pequeño defecto que hacía inútiles todas sus cualidades, y es que apenas podían moverse. De sus vicios, que varias veces se habían señalado por sus almirantes, Napoleon no tenía cuenta alguna; para él le bastaba saber que tenía tantos buques, tantos hombres y tantos cañones; atribuía á sus buques el valor de sus regimientos, hacía maniobrar sus escuadras como sus ejércitos terrestres, aplicando á la guerra marítima su método de obrar por grandes masas, sin ver que aquí la materia dominaba al hombre, que el secreto de la superioridad estaba menos en el valor individual que en la experiencia y manejo de esas poderosas máquinas, que en fin, las grandes concentraciones, tal como él las soñaba, eran en primer término muy difíciles de operar con las condiciones de la marina de vela de aquel tiempo, y luego poco eficaces á consecuencia de la casi imposibilidad de una acción común. Pero como esas objeciones no habían producido en él mas que excesos de furor ó amargas quejas sobre la incapaci-

dad de sus marinos, Decres y sus colegas habían poco á poco renunciado á exponérselas; habiéndose resignado á secundarle con todo su poder, pero con poca confianza en el éxito de la empresa.

Decres le había presentado, como sucesor de Latouche-Treville, al almirante Villeneuve, marino de quien no podía poner en duda ni la habilidad ni el valor, pero espíritu frío, previsor y modesto, tan poco dispuesto á pagarse con ilusiones como para inspirarlas á los otros. Villeneuve aceptó el mando de la escuadra de Tolón con una repugnancia que no intentó siquiera ocultar, y sin disimular las dificultades de la tarea que se le imponía. Napoleon estaba todavía muy lejos del plan á que se atuvo más tarde, pues no llegó á él sino tras largos tanteos. Las instrucciones que envió á Villeneuve para la escuadra de Tolón, á Missiessy para la escuadra de Rochefort, con fecha de 12 y 23 de Diciembre de 1804, muestran que no pensaba todavía en enlazar sus movimientos con los de la flotilla. «Habiendo juzgado á propósito, decía en estilo oriental, someter á mi dominación las colonias de Surinam, Berbice, Demerani, etc.,» ordenaba á Villeneuve que hiciera vela para Cayena, tomara allí un refuerzo, y se apoderara sobre la marcha de Surinam y de otros puntos designados, y hecho esto, que se dirigiera sobre la Martinica para verificar allí su unión con Missiessy. Reunidos debían dirigirse entonces con todas sus fuerzas sobre Santo Domingo, en donde desembarcarían hombres y armas, regresando al fin al Ferrol en donde se juntarían con una escuadra española para dirigirse en seguida á Rochefort.

El honor de cooperar al desembarco en Inglaterra se había reservado á la escuadra de Brest, mandada por Gauteaume. Este almirante debía aprovecharse del desarreglo que la marcha de las expediciones de Tolón y de Rochefort iban á producir en la marina inglesa, para salir de Brest, desembarcar 20.000 hombres en Irlanda y regresar á Bolonia á fin de secundar la grande operación de la flotilla. Pero nada más incierto ni variable que las ideas de Napoleon sobre el papel que debía desempeñar la escuadra de Brest; momento hubo en que concibió la idea de enviar á la India 30.000 hombres para arrancar esta conquista á Inglaterra, tan poco le había corregido el desastre de Santo Domingo. Y mientras esas esperanzas tomaban ese inmenso vuelo, la escuadra de Gauteaume continuaba cautiva en el puerto de Brest sin poder hacer un movimiento.

La de Villeneuve, que logró salir de Tolón mer-